

ENSAYO Y SUBJETIVIDAD

Marcelo Percia
Compilador

EUDEBA

Secretaría de Cultura
Facultad de Psicología

Universidad de Buenos Aires

Buenos Aires, 1998

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

ÍNDICE

Palabras preliminares	5
<i>María Martina Casullo</i>	

I. Prólogo	9
<i>Marcelo Percia</i>	

II. Invitados

La inquietud del alma	29
<i>Nicolás Casullo</i>	
Recuerdos de un futuro (en ruinas)	45
<i>Eduardo Grüner</i>	
El ensayo como lectura de curación	65
<i>Horacio González</i>	
El alma y las formas del ensayo. Lukács, con la visión de Sócrates	73
<i>Gregorio Kaminsky</i>	
El ensayo en el espejo	87
<i>Santiago Kovadoff</i>	
La paradoja del escritor	97
<i>Santiago Kovadoff</i>	

III. Cómplices

Genealogía del concepto de subjetividad	101
<i>Ester Cohen</i>	
Subjetividad y ficción	113
<i>Ester Cohen</i>	
Algunas notas sobre ensayo y psicoanálisis	117
<i>Daniel Rubinsztein</i>	
Noticias sobre el hombre del grabador	125
<i>Marcelo Percia</i>	
Un traje hecho a la medida de otro	137
<i>Marcelo Percia</i>	

IV. Conjurados

El destino de S. Arganda	149
<i>David Díaz</i>	
El ensayo o las multiplicaciones en los espejos	157
<i>Fabio García</i>	

GENEALOGÍA DEL CONCEPTO DE SUBJETIVIDAD

Ester Cohen

“Perder alguna vez el suelo firme. Flotar.
Andar errante. Estar loco.”
E Nietzsche (Aforismo 46, libro I, *La gaya ciencia*).

Cuenta la historia que hubo un “milagro”: el nacimiento de Occidente como cultura determinada. Fue uno de esos momentos donde quedó marcado el comienzo de un modo de ver y de decir, que identifica y hace tradición.

Se constituye una forma y un marco conceptual del preguntar. Desde allí pensar es investigar, e investigar es descubrir y develar. Junto con los mitos que son una explicitación, se va colando una idea: cosmos es sentido, y éste debe ser unívoco. Pensar se define como develar ese sentido, que por ello es trascendente.

Por otra parte, para que la multiplicidad de cosas, personas, fenómenos, vidas, hechos, sea pensable, se necesita buscar lo que tienen en común, lo que está detrás de lo que aparece, ya que en caso contrario, serían ininteligibles.

Pensar es decir lo que es, el ser es uno –Parménides– es lo común a todo, funda, trasciende el aparecer, es la verdad que permanece oculta.

La precedente configuración conceptual es el conjunto, de premisas que constituyen lo que a *posteriori* quedará identificado como pensamiento occidental o quehacer filosófico. Según la tradición, toda idea que no condice con lo expuesto es caótica, descabellada, no sería o irracional.

Pero actualmente, es cada vez más frecuente la conciencia de que el objeto que debería ser puesto en evidencia ha eludido el camino del conocimiento racional-empírico, y que el objetivo del pensar no consiste en reencontrarse con su propia mismidad, sino en ir hacia, sus condiciones de inaccesibilidad como sustancia, lo cual no lo torna ininteligible. Sin embargo, el acceso a lo que forma problema en este modo de preguntar, está vedado por lo que podemos denominar intuición occidental, es decir, el sentido común formado por siglos de ponderación de conceptos tales como: fundamento, sustancia, natural contra espiritual, aparente contra latente.

Suele aceptarse como natural lo que puede explicitarse como *a priori* histórico –Foucault– y resulta cristalizada una forma de ver, que podría ser cualquier otra.

Lo que queda suprimido de este modo, es toda posibilidad de transitar otro orden de razón, que en lugar de sostenerse en la univocidad, se sostenga en la paradoja, para que el verdadero filosofar se vuelva hacia la voluntad de poder –Nietzsche– y a la creación conceptual –Deleuze.

No se trata de oponerse a la vigencia de un mundo tecnologizado, con un romanticismo ingenuo, sino de hacer inteligibles las condiciones del pensar occidental, para insertarse en un orden distinto del que marca la tradición, o sea, armar un marco conceptual en el cual se pueda explicitar el concepto actual de subjetividad.

Este momento histórico se definirá como la época de la subjetividad, es decir, hago coextensivos los conceptos de: *este momento histórico* y *subjetividad*. La producción de nuestro presente modo de existencia, se configura con los parámetros de una lógica que se sostiene en la ontología del ser efecto.

Se hace necesario pensarnos como efecto, por respuesta a la pauta que funciona como horizonte conceptual del siglo XX: la muerte de Dios y por tanto la muerte del hombre como identidad metafísica definida como un yo.

La idea de subjetividad responde a la condición trágica del producirnos como devenir, como tensión constante de opuestos. Se están planteando dos órdenes de razón posibles de transitar; uno, el que mantiene la idea de univocidad necesariamente fundada, y el otro, la idea de un pensar acerca de lo que deviene, difiere de sí, lo cual implica un ser trágico, es decir, un ser en movimiento que no se cierra en un momento superior que subsume todos los momentos, llegados de una vez a su identidad trascendente; una ontología trágica instaura una racionalidad inmanente, en la cual acontece el sentido, que puede ser contrario, otro de sí, paradójico.

Que dios haya muerto nos pone frente a la perspectiva trágica, es decir, no hay ningún lugar seguro ni único donde alojar el sentido.

De allí: subjetividad como producción de deseo, como experiencia vital de la creación de sentidos.

Esta experiencia no se realiza en forma arbitraria, tiene unos parámetros, unos valores, que valen de determinada manera; no se trata de entidades sustanciales que aportan datos para un sí mismo, a su vez

isomorfo con el mundo que lo circunda, sino que se trata de una invención individual y colectiva, determinada en una inmanencia y que determina una inmanencia.

Diluido el concepto de sujeto, ¿cómo entender hoy la subjetividad? Por ejemplo, como escritura, como estilo, como rasgo, como imaginación, como pasión, como campo de subjetivación, como pliegue.

Nuevamente, que dios haya muerto, no nos pone frente a un vaciamiento de valores; por el contrario, nos enfrenta a otros valores, donde el trabajo filosófico (ontológico y ético) se debe concentrar en la cuestión de los sujetamientos, es decir, a qué atenerse para diagnosticar un entramado de juegos de verdad y de poder; lo que está supuesto es el concepto de producción de subjetividad.

Ser subjetividad es coextensivo con ser efecto, es decir, producido supone efectuado sin modelo previo sino como configuración inmanente, donde cabe subrayar que ésta no es arbitraria sino excepcional.

El concepto subjetividad marca una concepción ontológica que pretende como implicación directa proceder de manera ética, porque abre la posibilidad de producir después de la muerte de dios y contra el actual cinismo.

Se trata de deshacerse de los horizontes dialécticos, fenomenológicos, estructuralistas, comunicativos, ironistas, para inventar inteligibilidades que apuesten a una ética donde valgan: la vergüenza, el compromiso, la solidaridad como valores para una producción de subjetividad.

¿Son éstos tiempos de melancolía, por haber perdido el paraíso? Se pueden acercar tres intentos de reflexión: según el primero, el paraíso no está perdido, vivimos en él, hemos llegado al máximo esplendor que la historia tenía reservada para la humanidad, el progreso se ha consumado, de allí la noción de “fin de la historia”; conforme el segundo, estamos de luto porque el paraíso es inapropiable, nunca lo podremos alcanzar, pero hay que seguir intentando el camino hacia esa verdad que siempre está más allá. Para el tercero, el mundo es una producción de subjetividades, y lo que funciona como subjetividad es producido como interiorización de una exterioridad que sólo funciona como tal, en una determinada configuración. Por lo cual, no tiene un marco apropiado aquí la pregunta por el paraíso, que debe ser trascendente. Pero sí se trata de nombrar lo inexpresable, o sostener lo propio como inapropiable, o hacer explícitos signos de alguna cosa y de su ausencia.

Las reflexiones del siglo XX están marcadas no sólo por la muerte de dios, sino también por la captura de un destello: lo que puede poseerse solamente a condición de perderse.

El concepto de subjetividad es deudor del concepto de representación, allí donde hay representación hay ausencia, y donde hay presentación y representación hay división, y esto resiste a que se hable totalmente a su respecto, pero no pierde por ello su capacidad de ser inteligible si se lo explicita desde una lógica que acepte como válida una inferencia paradójica.

Porque la cuestión no se mantiene en los términos: ¿es o no decible? (desde algún sentido trascendente), sino en que lo que se dice, está dicho o no está dicho, y la verdad resulta o sea, es efecto de verdad la subjetividad como producción, desencadena una determinada verdad.

No hay metalenguaje, no hay sustancialidad trascendente, no hay otro del otro, no hay verdad sobre lo verdadero. Sí hay inmanencia paradójica, tesis ontológica que hace posible pensar la subjetividad que es hallada propiamente en una determinación de una articulación en una superficie.

En esa superficie se arman los modelos de inteligibilidad con sus visibilidades, sus enigmas, sus inapropiabilidades, sus fracasos, sus abismos, sus decires, sus verdades.

Nada es trascendental; en ese sentido, la subjetividad es producto, son vinculaciones en la superficie, pero no a causa de ésta; no contamos con un origen, pero sin embargo, hay efecto.

La subjetividad está determinada como un efecto, como una impresión de reflexión –Hume– es decir, como creencia, invención, artificio. ¿Con qué derecho afirmar más de lo que se sabe? La respuesta se pone en lo que se proponga como el quién o el punto de vista.

El devenir subjetividad, supone un ser que no es suficiente, que perpetuamente es arrancado a sí, ya que no es un sí mismo, porque nada viene de afuera, ni tampoco de adentro; es sin ayuda, enteramente abandonado. Si se comienza por concebir una plenitud, luego no se puede encontrar un lugar vacío o inefable.

No se trata de oponer la idea de fundamento identificatorio a una nada metafísica o romántica, sino sostener la idea de subjetividad junto con la idea de nihilización –Sartre– o sea, soy en tanto escape de mí; no en tanto fundamento de mi propia nada, sino en tanto que tengo mi fundamento fuera de mí, como pura remisión a otro que me representa; por tanto no soy en mí, sino que soy como dividido.

Donde por definición, esa otra mitad de mí mismo está irremediabilmente perdida, porque nunca fue. Por esto, producir subjetividad no es encontrar el otro que hay en mí, sino saber de mi poder para construir ficciones, para inventar mentiras.

El ultrahombre –Nietzsche– es aquel que sabe que vive creando ficciones, lo cual no autoriza a sostener falsedades, sino a posicionarse como el sujeto de la voluntad de poder, que puede porque se sabe efecto de verdad y no naturaleza.

Se inventa una designación regularmente válida y obligatoria, pero siempre mentirosa, dado que no contamos con un origen sustante y trascendente; entonces, por definición, las verdades son mentiras. En primera instancia, y desde una lógica de la identidad, esta afirmación resulta contradictoria, pero lo que aquí se plantea es un discurso que toma a la paradoja como su premisa, en un discurso de multiplicidades singulares que es constitutivo del entramado que sostiene el concepto de subjetividad.

Dado que no hay una primera verdad que lo sea para todo tiempo y lugar, es decir, dado que dios ha muerto, seguir pensando es posible a condición de que lo sea como creación, invención; por ello, mentira, en el sentido en que no tiene una referencia sustancial unívoca.

Lo cual marca la ruptura con el pensamiento occidental acerca del sujeto, e instaura esta idea de subjetividad como escritura, como armado de un campo o territorio, como un hacer letra/litoral, sin olvidar su carácter metafórico. La idea de metáfora supone que hay un algo representado, pero en un paso más se sostiene que la subjetividad es efecto y no representación, por tanto inmanencia sin un “antes”, sin una verdad a develar.

Por ello nos detenemos en la superficie, y admiramos la apariencia y nos alegramos –Nietzsche– de estar arrancados de sí, o sea, de una profundidad abismal, pero no enigmática.

Entonces, subjetividad es una configuración local, singular, donde se sostiene una verdad. Es así que no es una sustancia, con todo el peso que la definición aristotélica implica; una subjetividad designa un múltiple en una determinada situación, es decir, una indiscernibilidad intrínseca, no un punto vacío –como puede entenderse la idea de evanescencia– sino el nombre propio de un modo de ser. No es un punto, en el sentido de identidad en acto, pero tampoco es vacío desde su definición metafísica; es una multiplicidad donde se conforma una verdad rara.

Lo raro aquí significa singular, o sea, no pertenece a una curva donde se encuentre alguna ubicación según criterios determinados. Se trata de lo excepcional, ya que si no suponemos lo ordinario, tampoco podemos sostener lo extraordinario como contrapartida; o de algo sobrenatural implicado por lo natural; lo excepcional es sinónimo de azar. La subjetividad es constitucionalmente singular.

Cuando se piensa en el concepto de subjetividad se implican las ideas de: multiplicidad, singularidad, indiscernibilidad intrínseca, resultado, efecto de verdad, ya que de lo azaroso que no es arbitrario hay una inteligibilidad posible.

Este clima intelectual constituye una ruptura respecto de los conceptos tradicionales de racionalidad, hombre, sujeto; es decir, la *psiqué* de Platón no es la subjetividad actual pero con otro nombre, ya que el sentido como definición de lo que es pensable es diferente, nos toca construir los conceptos que hacen inteligible a nuestro momento histórico, si estamos frente a la crisis de la idea de sujeto, es necesaria una respuesta acerca del estatus ontológico de nuestro concepto de subjetividad; se trata de ir armando ideas alrededor de esta entificación de lo que no es un ente, ya que no remite a un sí mismo.

Aportan y sugieren un camino para seguir pensando los conceptos de rasgo y pliegue en Deleuze, campo de subjetivación de Foucault, voluntad de poder de Nietzsche, escritura en Lacan, foco de Althusser.

Cada época determina una forma de hacer interior lo exterior, y esa forma de plegar el afuera es lo que llamamos proceso de subjetivación. La pregunta que cabe ahora es: ¿cuál es nuestra actual manera de plegar el afuera y cuáles son los juegos de verdad que estamos jugando?

¿Quizás hoy nos convoca la lucha por alguna forma de subjetividad? ¿O quizás la dificultad sea sostener estos modos de existencia? ¿Será difícil soportar la muerte de dios? La idea de humanidad creada se mantiene en otro contexto.

El yo no designa un universal, sino un conjunto de posiciones singulares en un momento histórico, producidas en forma azarosa. Condición trágica de la subjetividad, porque no es una cuestión de grado, no se trata de un sujeto débil sino de una condición diferente, en la cual se ha cortado la posibilidad de viajar hacia la eternidad, para existir en una superficie laberíntica, donde los movimientos se producen al imaginar utopía; no imposibilidades, sino proyectos.

Lo que está detrás de la idea de producción de subjetividad es la búsqueda en la cuestión de los sujetamientos, de los juegos de poder –Foucault–, para proceder de una manera ética en el horizonte del después de la muerte de dios, de la muerte del hombre, y contra el cinismo y la impiedad del capital.

Se trata de reconocer una fuerza inmanente y constructiva, que no implica ninguna trascendencia, no es mitad riqueza y mitad pobreza, sino que es destrucción de toda medida exterior o superior; no se pretende una hermosa normalización, sino buscar disposiciones inmanentes.

Por esto, en lugar de concebir un sujeto débil, desfondado –Váttimo–, que se lleva y se trae, el gesto político más decisivo es imaginar una subjetividad donde “la voz sea signo de las pasiones que están en el alma”, porque es “necesario que aquel que hace vibrar el aire, esté animado y tenga fantasmas, la voz es en efecto sonido significativo y no sólo aire expirado ...” (Aristóteles, *De Anima*, 420 b).

La subjetividad resulta ser un juego donde se vehiculiza lo simbólico, como acto de reconocimiento donde se reúne lo que parece dividido, y donde continuamente se transgrede y denuncia la verdad de este conocimiento.

Hay necesidad de filosofar en el advertir que no hay en el origen plenitud sino un diferir entre conceptos como ser/aparecer, armonía/tensión, ser/ente, paradigma/copia.

La metáfora de la identidad supone el olvido de una diferencia establecida como originaria entre significante y significado. Pensar la subjetividad implica cuestionar que el límite que funda la posibilidad de significar, sea él mismo resistente a la significación.

Para comenzar se puede acercarse por ejemplo los conceptos de borde –Deleuze– o letra –Lacan– donde se quita suelo para fundamentar estos dobles irreductibles, y seguir indagando en la corriente que sostiene que el significado no preexiste a su formulación, y que el camino se parece a una danza en un laberinto que conduce al corazón de aquello que mantiene a distancia, para acercarnos al pensamiento paradójico donde la palabra se acerca a su objeto manteniéndolo indefinidamente lejos.

Retomo el comienzo de este trabajo y con Heráclito se vuelve a plantear un decir que no esconda ni revele, sino que significa/insignifica entre la presencia y la ausencia.

Heráclito nos guía por el camino del pensar en la conmesura de imposibles o en la congruencia de los incongruentes, pero no con una simple idea de escandalizar o romper el sentido en una búsqueda estética, sino como un planteo ontológico sólo pensable en un orden paradójico, donde una supuesta experiencia original esté apresada en un pliegue, en un modo de significar la existencia.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV:** *Los Presocráticos*, México, FCE, 1980.
- Agamben, G.:** *Estancias*, Buenos Aires, Pretextos, 1995.
- Aristóteles:** *De Anima*, Buenos Aires, Juárez Editor, 1969.
- Badiou, A.:** *Téorie du sujet*, París, Du Seuil, 1982.
– *L'etre et l'évenement*, París, Du Seuil, 1988.
- Cacciari, M.:** *El Ángel necesario*, Madrid, Visor, 1989.
– *Krisis*, México, Siglo XXI, 1990.
- Deleuze, G.:** *Empirismo y subjetividad*, Barcelona, Gedisa, 1981.
– *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 1987.
– *El pliegue, Leibniz y el barroco*, Barcelona, Paidós, 1989.
– *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 1989.
– *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1991.
– *Qu'est ce que la philosophie?*, París, Les Editions de Minuit, 1991.
- Foucault, M.:** *Las palabras y las cosas*, México DF, Siglo XXI, 1968.
– *Historia de la locura en la época clásica*, México DF, F. C. E., 1990.
– *Arqueología del saber*, México DF, Siglo XXI, 1991.
– *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 1992.
- Lacan, J.:** *Seminario VII*, Buenos Aires, Paidós, 1990.
– *Seminario XXVIII*, Edición de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1996.
- Nietzsche, E.:** *La gaya ciencia*, Madrid, Austral, 1986.
– *Más allá del bien y del mal*, México DF, Poirúa, 1987.
– “Verdad y mentira en sentido extramoral”, en *Hacia una visión crítica de la ciencia*, E. Díaz y otros, Buenos Aires, Biblos, 1992.
- Platón:** *Fedón, Banquete*, Madrid, Alhambra, 1986.
- Rosset, C.:** *Logique du pire*, París, Presses Universitaires de France, 1971.